

Luciano Saracino

—
Un sombrero de oferta

—
El pescador
y el pez de oro

—
El sombrero de Clotilde

—
El regalo de mi abuelo



PLAN NACIONAL DE LECTURAS

Coordinación: Natalia Porta López

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Todos los relatos pertenecen al libro *Cuentos con Sombrero*, escrito por Luciano Saracino e ilustrado por Poly Bernatene.

© Luciano Saracino

© Poly Bernatene

Ministerio de Educación de la Nación

Plan nacional de lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, noviembre de 2021

Un sombrero de oferta

Luciano Saracino

“¡Sombrero de Mago en Oferta!”, decía el cartel en la puerta del negocio. Y debo decir que, cada vez que aparece una oferta, la aprovecho.

Sin dudarlo, lo pagué. ¡Y vaya si aquella era una oferta! Era, para decirlo con palabras más exactas, una ganga, un regalo, un negocio.

Me lo llevé a casa y lo dejé sobre la mesa de luz, al lado de la torre de libros y frente a la maceta con tréboles de la ventana. Era tan hermoso y me había salido tan barato que no quería dejar pasar la oportunidad de mirarlo hasta en mis sueños.

Y fue exactamente eso lo que hice, aquella noche. Mantuve un ojo abierto todo el tiempo posible para poder apreciarlo y fascinarme. ¡Un sombrero de mago! ¡Yo, que no me sabía bien ni el truco ese de atarme los cordones de los zapatos! ¡Ja! ¿Me escuchan? Me estoy riendo de mi buena suerte, y riéndome de mi buena suerte me quedé dormido aquella vez. Sin más.

A la mañana siguiente vi, además del sombrero de mago y la pila de libros, dos conejitos que se estaban comiendo los tréboles de la maceta. No le di importancia al asunto -a pesar de que sin dudas era algo fuera de lo normal- y me fui a trabajar.

Al llegar a casa nuevamente encontré que los dos conejitos se habían transformado en doscientos cuarenta y tres mil y que un montón de palomas volaban por ahí y que todo estaba lleno de globos con forma de perritos y que de la lámpara colgaba la friolera de veintiséis metros de pañuelos de colores y que todo lo que podía recibir caca de paloma tenía caca de paloma y que aquellos cagajos que parecían bolitas de chocolate no tenían gusto a bolitas de chocolate porque no eran bolitas de chocolate sino cagajos.

Llevé mi mano al mentón y, poniendo cara de estar pensando en algo, dije:

-Hummm...

¿Qué hacer con todo ese despelote que salía sin parar de mi ofertón?

La solución fue sencilla: los fines de semana y feriados vamos, mi sombrero y yo, a los cumpleaños de los nenes del barrio para hacer algunos truquitos de esos que necesitan un sombrero y un mago. Ya saben: conejos, palomas, globos en forma de perritos, pañuelos.

La verdad, debo reconocerlo, es facilísimo ser mago: sólo hace falta un sombrero (aunque sea de oferta) y saber cuándo sacar las magias que viven dentro de él.

La peor parte es cuando los nenes me piden que les ate los cordones.

Porque todo, lo sabemos, no se puede.

El pescador y el pez de oro

Todos los días volvía el pescador al lago congelado a satisfacer los deseos de su insaciable mujer. Y todos los días el pez de oro concedía esos deseos al pobre pescador que, cuanto más tenía, más infeliz se lo veía.

Que quiero vestir la ropa más lujosa de la aldea. Que quiero vivir en un palacio lejos de la aldea. Que quiero que desaparezca la aldea porque su existencia me increpa. Que quiero un palacio más enorme aún que el que ya tengo. Que quiero...

¿Cuánto más se podía desear?, se preguntaba el viejo pescador todos los días.

El pez de oro sabía que un día la ambiciosa vieja iba a desear algo tan inalcanzable que la llevaría a su miserable vida anterior. Pero no le dijo esto al pescador, que cada día se acercaba a la orilla y en un suspiro mencionaba una nueva ambición.

-¿Tanto miedo le tienes? -preguntó un día el pez.

Y el viejo negó con la cabeza: -Qué va.

-¿Y por qué vienes, cada día, a la orilla de este lago?

-Porque es hermoso conversar contigo -sonrió el pescador. -¿Y a ti? ¿Qué es lo que te obliga a acercarte cada vez que te llamo?

El pez coleteó y asomó su cabeza por un hueco en la superficie congelada del lago. Lo miró unos instantes antes de contestar.

-Tu gorro -dijo al fin.- A mí me encanta ver tu gorro.

Y así siguieron, día tras día, hasta que la esposa del pescador pidió algo tan inalcanzable que la devolvió a su miserable vida anterior y el pez ya nunca más volvió a encontrarse con el pescador.

Esta historia ya había pasado mil veces.

Y mil veces más volvería a pasar.

Versión libre del relato de Alexader Pushkin

El sombrero de Clotilde

Clotilde tiene un sombrero que es, realmente, más que extraño.

No es que sea extraño porque tenga forma de elefante. No, nada que ver. Tampoco tiene forma de Patulu-chanchulín ni de sóngoro-cosongo como suelen ser los sombreros verdaderamente raros. El sombrero, en realidad, tiene forma de sombrero. Y eso es lo que lo hace más extraño aún.

Sucede que el sombrero de Clotilde no se coloca sobre las orejas, como casi todos los sombreros del mundo.

El sombrero de Clotilde se coloca sobre los hombros.

Aquello, claro, hace que la vida de Clotilde sea tan extraña como su sombrero.

- le pide naranjas al diariero.
- se sube al carro del lechero pensando que es el autobús.
- se confunde de edificio cuando va a su oficina...

Pero como todos conocen a Clotilde y a su sombrero, le dejan pasar sus confusiones para no hacerla

sentir incómoda. *Pobre Clotilde*, suspiran todos por lo bajo. Y la vida sigue más o menos como siempre para todos menos para Clotilde. Porque Clotilde tiene su sombrero. Todo el tiempo.

Un día, caminando en dirección contraria a la que venía Clotilde, se acercó un hombre que también tenía un sombrero de esos que se calzan en los hombros. Ni el hombre vio a Clotilde ni Clotilde vio al hombre, por lo que el porrazo que se dieron les hizo volar los sombreros por el aire y caerse de cola al piso.

Al principio se asustaron de haber perdido los sombreros. Después se rieron por haberse chocado de esa manera. Finalmente se levantaron y se quedaron así, mirándose a los ojos durante un ratito que alcanzó y sobró. Porque estas historias suceden así. Eso ya lo saben y si no lo saben ya van a ver cuando lo sepan.

Ahora caminan juntos.

A veces se equivocan y compran las naranjas en el puesto de revistas, pero yo creo que es para no perder la costumbre.

Y claro que usan sombreros.

¿Los quieren ver? Creo que están a punto de pasar.

Les dije.

¿Se animan a dibujarlos?

El regalo de mi abuelo

El otro día mi abuelo me trajo de regalo una caracola que tiene el ruido del mar encerrado adentro.

Después me dijo que tenía otro regalo que era más mágico aún, y me regaló su sombrero.

Es un sombrero bastante viejo y común, como mi abuelo, pero si uno le acerca la oreja, te cuenta historias.

Son historias fascinantes, de lugares lejanos y tiempos remotos.

En ellas, a veces la abuela es joven y el abuelo le canta canciones de amor o le baja naranjas de las ramas más altas o pesca estrellas a las que bautizan antes de dejarlas ir. Otras veces se escucha el grito de un gol o pedacitos de películas en blanco y negro. Paseos en bicicleta. Olores a guisos. Atardeceres del río Uruguay.

Yo estoy fascinado con el sombrero de mi abuelo. Tanto, que un día le pregunté dónde se enchufaba. Mi temor era que un día se quedara sin historias y...

—No se preocupe, m'hijo —me respondió—. Ese sombrero estuvo en mi cabeza durante una pila de años. Es normal que se le hayan quedado enredados

algunos de mis recuerdos más lindos. No creo que se quede sin historias durante el rato que vos tengas ganas de escucharlo.

Ahora soy un hombre grande que escribe cuentos para chicos. Tengo guardados en mi estudio la caracola y el sombrero, entre cajas con historietas y cables y fotos viejas, aunque hace muchos años que ya no tengo a mi abuelo.

Claro que lo extraño.

Pero me encanta cómo suena el sonido del mar cuando mi abuelo —y su sombrero— me cuentan historias de verdad.

—

Todos los relatos pertenecen al libro *Cuentos con Sombrero*, escrito por Luciano Saracino e ilustrado por Poly Bernatene.





Luciano Saracino

Nació en la Ciudad de Buenos Aires. Es guionista, escritor y docente. Autor de libros infantiles, novelas, historietas, novelas gráficas y ensayos sobre cine. Llevó a la televisión la vida de Héctor Germán Oesterheld en la serie *Germán, últimas viñetas*.

Leer es tu derecho

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, el Plan distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y a otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.

Ejemplar de distribución gratuita